

El holocausto de los jóvenes sicarios: la paradoja de la adolescencia en Colombia

Sveva Peluso

El tráfico de drogas y las consecuentes relaciones sociales que implica han generado en Latinoamérica, sobre todo en las últimas dos décadas, una nueva corriente artística, definida como “narcoficción”, o sea obras cuyo tema central es el narcotráfico o que se desarrollan dentro de contextos fuertemente marcados por ese fenómeno. Este nuevo género abarca diferentes manifestaciones culturales: literatura, cine, televisión, periodismo, con diferente suerte de resultados, desde los más banales hasta verdaderas obras de arte. En el campo de la literatura destaca *La Virgen de los sicarios*, del escritor colombiano Fernando Vallejo, editada por Alfaguara en Colombia en 1994, y publicada en Italia por Guanda en 1999.

La Virgen de los sicarios es la historia de un hombre que, de vuelta a Colombia, su país, entabla relación con dos sicarios adolescentes, procedentes de los barrios pobres de Medellín, las *comunas*. El contexto violento de una Colombia en plena narcoguerrilla permite reflexionar al narrador sobre el estado de su ciudad y de su país. El triste epílogo no deja esperanza para nadie.

Esta novela de corte narcotremendista ha desatado muchas polémicas y un acalorado debate por la narración nada endulzada de un tema de consecuencias funestas para el país. La realidad social asociada a estos jóvenes asesinos del narcotráfico representa, a día de hoy, una herida abierta e incurable en la historia colombiana reciente.

Los sicarios

Además de formar parte de la vida social y política de Colombia, los sicarios constituyen también, como los *cowboys* del oeste norteamericano o los samurais japoneses, una mitología fraguada por la literatura, el cine, la música, el periodismo y la fantasía popular, de modo que, cuando se habla de ellos conviene advertir que se pisa ese delicioso y resbaladizo territorio, el preferido de los novelistas, donde se confunden ficción y realidad.¹

En un artículo publicado por *El País* en 1999, el premio Nobel Mario Vargas Llosa expone en pocas líneas una breve “fenomenología del sicario”. Sus reflexiones surgieron después de un viaje a Colombia, en el momento más álgido del debate sobre *La virgen de los sicarios*, justo antes del estreno de la película de Barbet Schroeder, con guión del propio autor Fernando Vallejo, sobre el que los críticos se posicionaban a favor o en contra.

Mientras que los intelectuales se pronunciaban sobre los efectos del fenómeno del sicariato en la imagen internacional de Colombia, otros escritores, directores de cine y estudiosos intentaban dibujar un retrato de estos jóvenes que formaban el ejército de asesinos:

El sicario prototípico es un adolescente, a veces un niño de doce o trece años, nacido y crecido en el submundo darwiniano de *las comunas*, barriadas de pobres, desplazados y marginales que han ido escalando las faldas de las montañas que cercan a Medellín [...]. Impera en ellas una indecible violencia, atizada por la miseria, el desempleo, la desesperanza, la droga, la corrupción y una criminalidad sin freno, cuyo emblema y epifenómeno es precisamente el sicario.²

La figura del sicario es relativamente reciente: comenzó a hablarse de ellos en las últimas décadas del siglo XX, cuando el narcotráfico tuvo la necesidad de contar con asesinos, tanto para solucionar sus problemas internos como para eliminar eventuales opositores al desarrollo del tráfico

¹ Cfr. M. Vargas Llosa, *Los sicarios*. en “El País Digital”. 4 de octubre 1999, s. p.

² *Ibidem*.

ilegal de drogas. El clima de violencia que caracterizó la política colombiana durante el siglo XX había generado diferentes figuras de personajes criminales: por ejemplo, los “pájaros”, asesinos del periodo de la Violencia, o los guerrilleros, que sembraban terror en los campos y en los pueblos.

El sicario ha llamado siempre la atención por diferentes motivos: de un lado, porque el alcance del fenómeno se convirtió en una emergencia social, y, por otro lado, porque su figura se ha prestado como sujeto de interés no solo social, sino también artístico.

El fenómeno del sicariato tuvo un importante impacto en la vida de Colombia y en la imagen de sus jóvenes. Si en un primer momento solo el periodismo intentaba generar debate sobre el problema, a lo largo de la década de los noventa y los primeros del 2000 la resonancia del fenómeno se amplificó a otras ramas de estudio. Antropólogos, pedagogos, sociólogos y violentólogos comenzaron a interrogarse sobre las causas y los efectos que que producía este fenómeno en los individuos y las comunidades.

Por sus características, los sicarios pueden ser adscritos en una categoría con rasgos comunes y reconocibles. Son el resultado de un proceso más grande de lo que parece, el producto de una combinación de factores políticos, económicos y sociales. El sicariato es una respuesta colombiana a un sistema internacional complejo, igual y diferente a las de otros fenómenos de culturas juveniles de otros países.

Emergencia de las culturas juveniles

Los eventos violentos de desórdenes que han caracterizado las periferias de los grandes centros urbanos, también en tiempos recientes, son los últimos episodios de un largo fenómeno que, en parte, se puede asociar a lo que ha sido denominado “emergencia de las culturas juveniles”. Son las evoluciones, con nuevos factores añadidos, de los movimientos juveniles, violentos o pacíficos, de las últimas décadas del siglo XX, entre otros, en las *banlieues* francesas, en las *favelas* brasileñas y en los barrios marginales de las ciudades de Estados Unidos.

Para analizar el fenómeno es necesario dar un paso atrás, hacia la década de los cincuenta del siglo XX, cuando empezó a definirse el concepto de juventud, como nos describe Rossana Reguillo Cruz, en *Emergencia de culturas juveniles*: